

Pankaj Mishra

Fanáticos insulsos

Liberales, raza e Imperio



Galaxia Gutenberg

PANKAJ MISHRA

Fanáticos insulsos

Liberales, raza e Imperio

Traducción y notas de
José Ovejero

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Bland Fanatics. Liberals, the West and Afterlives of Empire*
Traducción del inglés: José Ovejero Lafarga

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2020

© Pankaj Mishra, 2020
© de la traducción: José Ovejero, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Fotocomposición Gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 12067-2020
ISBN: 978-84-18218-46-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Mi deseo es que todo el mundo se convierta en estadounidense.

THOMAS FRIEDMAN

Algún día tendremos que escribir la historia de nuestra propia oscuridad, que desvelar la intensidad de nuestro narcisismo.

ROLAND BARTHES

Los artículos contenidos en este libro fueron escritos como respuesta a los delirios angloamericanos que culminaron en el *Brexit* y en la elección de Donald Trump. Estos delirios abarcan desde el sueño decimonónico del liberalismo de la era imperial, cuyo paladín es desde hace mucho *The Economist*, en el que el capital, las mercancías, los empleos y las personas circulan libremente, pasando por la proclamación por Henry Luce de un «siglo americano» del libre comercio y de la «teoría de la modernización» (ese intento de los Combatientes de la Guerra Fría estadounidenses de alejar al mundo poscolonial de las revoluciones de corte comunista y atraerlo hacia el camino gradual a un capitalismo y una democracia de consumidores), hasta las catastróficas guerras humanitarias y las explosiones demagógicas de nuestros días.

«Entre los culpables menores de la historia», escribió Reinhold Niebuhr en 1957, en el clímax de la Guerra Fría, «se encuentran los fanáticos insulsos de la civilización occidental que consideran que los logros contingentes de nuestra cultura son la forma final y

la norma de la existencia humana.» Para Niebuhr, los culpables mayores de la historia eran, por supuesto, los comunistas y los fascistas. El teólogo estadounidense, anticomunista acérrimo, no era inmune a frases como «la superioridad moral de la civilización occidental». Sin embargo, la peculiar trayectoria del liberalismo no le pasaba desapercibida: cómo «un dogma cuyo objetivo era garantizar la libertad económica del individuo se convirtió en la “ideología” de las grandes estructuras empresariales en una fase posterior del capitalismo y fue usada por ellas, y aún la usan, para evitar un auténtico control político de su poder.» Niebuhr también era consciente del credo fundamentalista que ha configurado nuestra época, a saber, que el capitalismo de estilo occidental y la democracia liberal se extenderán gradualmente por todo el mundo y, para resumir, que toda sociedad debería evolucionar exactamente como lo hicieron el Reino Unido y Estados Unidos.

Por supuesto, Niebuhr no pudo prever que los fanáticos insulsos que hicieron tan insidiosa la Guerra Fría acabarían ocupando al final de esta el escenario central de la historia. Reencarnados como internacionalistas liberales, promotores de la democracia neocon y defensores del libre mercado global, se lanzaron a cometer desatinos en un mundo cada vez más complejo y espinoso y ayudaron a poner patas arriba una buena parte de Asia y Latinoamérica antes de sembrar el caos político en sus propias sociedades.

Todavía no se ha escrito la historia mundial de las ideologías liberales y la democracia después de 1945 y tampoco una sociología amplia de los intelectuales de Angloamérica, ni de los anglófilos ni de los americanófilos. Y eso a pesar de que el mundo que hicieron y deshicieron está entrando en su fase más peligrosa. La mayoría de nosotros apenas estamos emergiendo, con ojos somnolientos, de las décadas frenéticas posteriores a la Guerra Fría, cuando, como escribió Don DeLillo, «la drástica subida del Dow Jones y la velocidad de internet nos convocaron a vivir permanentemente en el futuro, en el resplandor utópico del cibercapital.»

Pero está claro desde hace mucho que la apuesta global por mercados no regulados y las intervenciones militares en su nombre han sido los experimentos ideológicos más ambiciosos de la era moderna. Sus adeptos, aliados y facilitadores, de Grecia a Indone-

sia, ejercieron mucha más influencia que sus rivales socialistas y comunistas. *Homo economicus*, el sujeto autónomo, racional y portador de derechos de la filosofía liberal se puso a acosar a todas las sociedades con sus fantásticos planes para incrementar la producción y el consumo en todo el mundo. La jerga de la modernidad acuñada en Londres, Nueva York y Washington DC pasó a definir el sentido común de la vida intelectual pública en todos los continentes, alterando de forma radical la manera en la que buena parte de la población mundial entendía la sociedad, la economía, la nación, el tiempo y la identidad individual y colectiva.

Por supuesto, quienes se esforzaron en examinar lo que se encontraba detrás de la retórica exaltada de los políticos y economistas liberales rara vez descubrieron una realidad que la sostuviese. Mi propio aprendizaje de esa ausencia empezó con una experiencia en Cachemira, donde India, denominada la democracia más grande del mundo, se sumió en una forma de supremacismo hindú y de imperialismo racista similar a aquel del que el país se había liberado en 1947. Llegué al valle en 1999 con muchos de los prejuicios de un liberal «civilizador» indio, alguien que asume plácidamente que a los musulmanes cachemires les iría mucho mejor alineándose con una India «laica», «liberal» y «democrática» que con el Estado islámico de Pakistán.

La brutalidad de la ocupación india de Cachemira y los evidentes engaños y mentiras que la acompañaron me obligaron a recordar muchas de las viejas críticas al imperialismo occidental y su retórica de progreso. Cuando mis artículos críticos fueron publicados en el año 2000 en *Hindu* y en *The New York Review of Books*, recibieron en el país ataques especialmente virulentos no tanto de los nacionalistas hindús como de quienes se presentaban como custodios de la «democracia liberal» india. Me había dado de bruces con la influyente ideología de la excepcionalidad india, que reclamaba el prestigio moral y la importancia geopolítica que correspondían a un país con una democracia liberal incomparablemente grande y diversa.

Muchas de esas ideas arrogantes olían a santurronería de casta superior y a privilegio de clase. Al invocar piadosamente la «idea de India», el experimento nacional con un sistema político laico y

liberal, los fetichistas de la democracia formal y procedural no parecían incómodos con que en Cachemira y en los estados nororientales de la India la gente viviera bajo una ley marcial de facto, ni con que las fuerzas de seguridad tuvieran allí licencia sin límites para masacrar y violar, ni con que la gran mayoría de la población india pensara que la promesa de igualdad y dignidad sustentada por el Estado de derecho y por instituciones imparciales no era más que un ideal remoto, casi fantástico.

Durante décadas India se había beneficiado de una concepción de la «democracia» típica de la Guerra Fría, que la reducía a una etiqueta moralmente glamurosa para la manera en la que se elegía a los gobernantes, más que para el tipo de poder que ejercían o la forma en la que lo hacían. Como país no comunista que celebraba elecciones regularmente, India poseía un prestigio internacional sin parangón a pesar de su incapacidad –peor que en muchos países de Asia, África y Latinoamérica– a la hora de procurar a sus ciudadanos los requisitos imprescindibles para una existencia digna. El halo de virtud que rodeaba a India brilló aún con más fuerza cuando sus gobiernos abrazaron el libre mercado y cuando la China comunista surgió de pronto como rival de Occidente. Incluso cuando India se había sumido en el nacionalismo hindú, entre las élites angloamericanas se estaba formando un consenso eufórico: la democracia liberal había echado raíces profundas en suelo indio, fertilizándolo para el crecimiento del libre mercado.

Impugnar esa unanimidad se volvió imperativo para un escritor con mis orígenes, primero en mi país, y después cada vez más en el extranjero. En muchos sentidos, los fanáticos insulsos indios, que parecían dispuestos a grabar a fuego su adorada «idea de India» en los corazones y mentes cachemires, me prepararon para el espectáculo de una *intelligentsia* liberal abanderando la guerra por los «derechos humanos» en Irak, con esa retórica humanitaria sobre la libertad, la democracia y el progreso que habíamos oído por primera vez en boca de los imperialistas europeos del siglo XIX.

Hacía mucho que tenía claro que los ideólogos occidentales durante la Guerra Fría embellecieron hasta el absurdo el auge del Occidente «democrático». La larga lucha contra el comunismo,

que reclamaba para sí la virtud y la superioridad moral, había exigido difundir falsedades muy convenientes. Los siglos de guerra civil, conquista imperial, explotación brutal y genocidio fueron eliminados de los relatos que explicaban cómo los occidentales construyeron el mundo moderno y se convirtieron con sus democracias liberales en esa gente superior que todos deberían imitar. Lo que no comprendí hasta que comencé a habitar en los ecosistemas del conocimiento de Londres y Nueva York es cómo las tergiversaciones y supresiones habían creado una masa considerable de ideas sesgadas tanto sobre Occidente como sobre el resto del mundo. Ideas y asunciones tan simples como erróneas, extraídas de un relato elaborado con anteojeras, moldearon los discursos de políticos occidentales, informes de *think tanks* y editoriales de periódicos, al mismo tiempo que alimentaban a los incontables columnistas, comentaristas de televisión y expertos en terrorismo que se bailaban el agua unos a otros.

Puede que hoy resulte difícil de recordar, sobre todo para los lectores más jóvenes, que la corriente de opinión dominante en Angloamérica a principios de este siglo seguía a personajes como Niall Ferguson y creía que la ocupación y el sometimiento del territorio y la cultura de otros pueblos eran instrumentos eficaces de civilización, y que era necesario imponer aún más ese imperialismo emancipador para que pueblos intransigentemente primitivos se pusiesen a la altura del avanzado Occidente. Sorprendentemente, el imperialismo británico, que era visto como un despotismo racista, ilegítimo y a menudo depredador tanto por intelectuales occidentales como por líderes anticoloniales, acabó en nuestros días siendo presentado como una bendición que, en palabras de Ferguson, «sin lugar a dudas abanderaba el libre comercio, la libre circulación de capitales y, con la abolición de la esclavitud, el trabajo libre».

Daba igual que el libre comercio, introducido en Asia mediante cañoneras, hubiese destruido la industria naciente en los países conquistados, que el capital «libre» acabase sobre todo en manos de los Estados de colonos blancos de Australia y Canadá y que fueran contratos de servidumbre temporal, más que el trabajo «libre» los que sustituyeron a la esclavitud. Los cuentos de cómo

Gran Bretaña construyó el mundo moderno no se contaban sólo en conciliábulos de extrema derecha de especuladores financieros en sus *resorts* de lujo. También los programas tradicionales de televisión y radio y la prensa seria estuvieron a la cabeza a la hora de volverlos respetables intelectualmente a una audiencia amplia. Los políticos y los medios se sometieron a su beligerante falta de lógica. Las ideas de Niall Ferguson sobre la necesidad de reinstaurar el imperialismo fueron presentadas en horario de máxima audiencia en la BBC. El ministro de Educación *tory* le pidió asesoramiento para el plan de estudios de historia. En su búsqueda de una audiencia de más peso, los revanchistas cruzaron entonces el Atlántico para dar una armazón intelectual a los americanos, que pretendían modelar el mundo moderno mediante mercados libres y el despliegue de sus ejércitos.

Por supuesto, los bardos del nuevo imperio liberal universal silenciaron casi por completo las voces de Asia, África y Latinoamérica. Y los poquísimos que tuvieron acceso a la prensa *mainstream* descubrieron que su privilegio excepcional los obligaba, en primer lugar, a despejar las tergiversaciones y las mentiras puras y duras que se habían ido instalando durante décadas. Esta batalla a menudo frustrante marcó mis propios esfuerzos, reflejados en las siguientes páginas.

No era fácil evitarlo, pues los prejuicios estaban sólidamente enraizados en cada ámbito del trabajo periodístico y salían a la luz independientemente de que escribieses sobre Afganistán, India o Japón. Para dar un ejemplo: en *Libertad de elegir*, libro extraordinariamente influyente –y programa de televisión de diez capítulos–, Milton y Rose Friedman habían planteado una atractiva dicotomía de mercados racionales frente a la injerencia gubernamental (que acabó siendo la base de informes, políticas y recetas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional durante las siguientes dos décadas). Friedman, quien inspiró la remodelación por los «Chicago Boys» de la economía chilena después de que la CIA derrocara a Salvador Allende en 1973, buscó la confirmación de sus teorías en Asia oriental, afirmando que el éxito de Japón, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur se debía a que confiaron en «mercados privados». En *El*

final de la historia y el último hombre, Francis Fukuyama se hacía eco de esa afirmación, argumentando que las economías del Este asiático, al «repetir la experiencia de Alemania y Japón a finales del siglo XIX y principios del XX, demostraron que el liberalismo económico permite a los modernizadores tardíos alcanzar a Occidente e incluso adelantarlo».

Esta fábula del «milagro» del Este asiático se convirtió entonces en una pieza básica de las informaciones sobre Asia, algo que no encajaba en absoluto con los datos históricos, que mostraban que la modernización bajo la batuta del Estado y el proteccionismo económico fueron fundamentales en las economías tanto del Japón prebélico como de la Alemania de posguerra. Pero esos hechos, alegremente ignorados tanto en *The New York Times* como en *The Economist* y *The Wall Street Journal*, parecieron interesar a muy poca gente.

Por supuesto, las fábulas sobre los mercados libres coincidían casualmente con los objetivos del Banco Mundial, el FMI y otras instituciones de gestión económica internacional, cuyas prioridades de alivio de la pobreza y desarrollo del sector público habían cedido el paso, a principios de los ochenta, a la privatización, la desregulación del comercio, la reducción de las subvenciones a los precios y la relajación de las limitaciones a la inversión extranjera. Para cuando implosionó la Unión Soviética y un ejército de americanizadores invadió Rusia, los defensores del libre mercado se sentían lo suficientemente envalentonados como para pensar que tenían el poder de «empezar el mundo de nuevo», como dice la frase de Thomas Paine favorita de Reagan. Saul Bellow, en una carta de 1992 a un amigo, advertía de que «los teóricos de la economía de libre mercado han tenido demasiado éxito. Le han enseñado al país que el *laissez faire* ganó la Guerra Fría». La difusión agresiva de una nueva forma de lo que Albert Hirschman llamó «monoeconomía» estuvo acompañada por la apabullante hipótesis de que el colapso del comunismo había inaugurado una benéfica era postideológica. Como se vio más tarde, quienes esperaban recomenzar el mundo administrando una terapia económica de choque a Rusia no quedaron desilusionados. El nivel de vida se hundió; Rusia sufrió una grave crisis de mortalidad que provocó millones de muertes adicionales de

varones en los años noventa; y los índices de delincuencia experimentaron un aumento vertiginoso, serie de desastres que culminó con la destrucción del rublo y la bancarrota en 1998.

Una vez que clavaron su bandera en el Kremlin, los cruzados comenzaron a planear nuevas conquistas en todo el mundo. A finales de los noventa había muchos patrocinadores poderosos y acaudalados del consenso de Washington que se estaba imponiendo a América Latina, Asia y África. Nuevos centros de autoridad intelectual y política surgieron en las universidades, escuelas de negocios y fundaciones filantrópicas de Estados Unidos. Muchos no estadounidenses obtuvieron puestos de alto rango en instituciones dominadas por Estados Unidos, como el Banco Mundial y el FMI. En la actualidad, *think tanks* conservadores como el American Enterprise Institute, el Cato Institute y el Peterson Institute emplean a muchos más economistas y periodistas de origen no estadounidense.

A principios de siglo, buena parte del trabajo para exportar las jaulas de hierro¹ de la modernidad estadounidense cada vez lo realizaban más profesores universitarios y colaboradores de *think tanks* nacidos en el extranjero, que hacían de eslabón entre las élites de sus países de origen y las del país de adopción.

Un ejemplo destacado de esa sinergia intelectual es Jagdish Bhagwati, «el más ardiente defensor mundial del libre comercio», según sus propias palabras, y el padrino de la economía de mercado india. Desde su púlpito en la universidad de Columbia y en el Consejo de Relaciones Exteriores, Bhagwati y sus discípulos desencadenaron un auténtico redoble de ideas neoliberales, afirmando que ninguna nación podría progresar sin someter a los sindicatos, eliminar las barreras comerciales, poner fin a las subvenciones, etc.

Ni siquiera los atentados del 11-S sacudieron tales convicciones. La sospecha de que el «islamofascismo» había declarado la gue-

1. La jaula de hierro es un concepto acuñado por Max Weber (1864-1920) en *La ética protestante y el origen del capitalismo* para referirse al aumento de la racionalización de la vida social, en particular en las sociedades capitalistas.

rra al liberalismo incluso animó a muchos intelectuales angloamericanos a recomenzar el mundo aún con más vigor, adaptándolo a su imagen favorita de Angloamérica. Los teóricos de la modernización, respetuosos con la *longue durée* en la historia, habían encomendado la tarea de cuidar la democracia a las clases medias beneficiarias del capitalismo. Pero una generación «postideológica» de internacionalistas liberales y neocons comenzó a pensar que, en sociedades sin tradición democrática, la democracia podía implantarse por medio de una terapia de *shock and awe*, es decir, de conmoción y pavor.

En su discurso dominante, el «otro», desde un punto de vista racial o religioso, sólo podía ser dos cosas: bien una bestia imposible de redimir, lo opuesto de los americanos racionales y guiados por el interés individual, que se debía exterminar en todo el mundo con una guerra infatigable contra el terrorismo; o bien un *Homo economicus* del tipo estadounidense a quien políticos e instituciones inadecuados impedían perseguir sus intereses individuales y racionales. En la fantasía que impulsó la invasión y ocupación de Irak, la libertad se materializaría milagrosamente cuando se derribase el Estado despótico y cuando el libre mercado, al que por fin se permitiría florecer, armonizase espontáneamente los intereses y los deseos de los individuos.

Aún más significativo es que los atentados terroristas del 11 de septiembre provocaron una reivindicación de la identidad y solidaridad de la civilización occidental, que despejaría el camino hacia manifestaciones más explícitas del supremacismo blanco. Un pequeño grupo de criminales y fanáticos no suponía una amenaza mortal para las sociedades más poderosas y ricas de la historia. Sin embargo, los gritos enloquecidos de «Allahu Akbar» tuvieron como respuesta un redoble más ruidoso de «valores occidentales» y de invocaciones para fortalecer la confianza en las supuestas quintaesencias de Occidente, como la Ilustración. Las afirmaciones colectivas de ciertos privilegios y libertades occidentales, —«tenemos que ponernos de acuerdo en lo importante: besarse en lugares públicos, los sándwiches de beicon, la divergencia de opiniones, la última moda», escribió Salman Rushdie— se convirtieron en un acto reflejo. A muchos les pareció que Susan Sontag

pecó de falta de tacto cuando habló de «esa retórica engolada» de «la restauración de la confianza y la gestión del duelo» que oculta la realidad y se asemeja «a los soniquetes autolaudatorios y aplaudidos unánimemente en un Congreso del Partido Soviético». Y la volvieron a criticar al insistir: «Sí, claro, aflijámonos juntos, pero no seamos estúpidos juntos».

No se hizo caso a sus advertencias. «Estoy feliz de ser un general de *laptop*», escribió Paul Berman en *Terror y libertad*, criticando a quienes se resistían a alistarse en la nueva cruzada a favor del liberalismo en Oriente Medio. Durante la guerra de Vietnam, Hannah Arendt observó que los miembros del Gobierno democrata recurrían con frecuencia a expresiones como «comunismo monolítico» y «segundo Munich», y dedujo de ello una incapacidad para «enfrentar la realidad en sus propios términos, porque siempre tenían algún paralelismo en mente que les «ayudaba» a entender esos términos». De forma similar, Berman, que no era lo que se dice famoso por ser un experto en los movimientos políticos modernos al este de Europa, veía el islamismo como una variante de los enemigos totalitarios —el fascismo y el comunismo— que el liberalismo ya había combatido durante el siglo xx. Tras «recorrer las librerías islámicas de Brooklyn», presentó una genealogía del islamismo basada casi por completo en sus lecturas de Sayyid Qutb, ideólogo de los Hermanos Musulmanes egipcios. Según Berman, los intelectuales liberales estaban obligados a combatir el nuevo fascismo nihilista, que incluía dictaduras laicas como Irak, así como movimientos panislamistas. Sus bombardeos con el *laptop* reclutaron rápidamente para la causa a diversos personajes públicos, desde Richard Holbrooke a Martin Amis.

Martin Amis publicó un artículo sobre el islam y el islamismo que se extendía durante más de diez mil palabras sin describir una sola experiencia de las sociedades musulmanas más profunda que la compra por Christopher Hitchens de una camiseta de Osama en Peshawar y el fracaso de la familia Amis para entrar, tras la hora de cierre, en la Cúpula de la Roca en Jerusalén. «El impulso hacia la indagación racional», afirmó Amis, «es ya muy débil entre los varones musulmanes de a pie.» En el artículo se encontraban numerosas afirmaciones tan desconcertantes como esta (se-

gún Amis, el ejército estaba del lado islamista durante la guerra civil en Argelia), cuyas pseudoerudición y convicción fanática de superioridad moral lo asemejaban ni más ni menos que a una de las diatribas forzosamente literarias de bin Laden.

Expresiones sonoras como «totalitarismo salafista» o «islamofascismo» ayudaban a los literatos a proyectar la ilusión de conocimientos profundos. También satisfacían el deseo nostálgico por parte de algunos escritores sedentarios de verse en la vanguardia de una noble cruzada contra un «ismo» malvado. El fervor del ideólogo *manqué* no permitía detenerse en el sencillo hecho de que casi cualquier Estado nación alberga a una minoría descontenta y volátil, cuyo tamaño varía constantemente en relación inversa a la lucidez, el tacto y la sabiduría de la mayoría de la población.

Era un espectáculo desmoralizador: escritores de talento royendo los clichés ya dejados en los huesos por plumíferos de la prensa sensacionalista, y una historia imperial falseada junto a visiones amenazantes de musulmanes reproduciéndose frenéticamente y alistándose en una violencia a gran escala contra ciudadanos sin voz.

Pero, como señaló Niebuhr, «los hombres de la cultura», con sus facultades tan desarrolladas para el razonamiento, tienden «a dar excusas más plausibles de las que es capaz de inventar el ciudadano medio a las histerias bélicas y a las imbecilidades de las políticas nacionales». En realidad, nunca tuvo lugar la «conversación pública» sobre el islam que proponía Amis. Su nivel era demasiado bajo y acabó dominada por el parloteo de una clase aislada y engreída que, trastornada por un mundo cambiante, pretendía tranquilizarse y tranquilizarnos excavando una Línea Maginot infranqueable alrededor de nuestras mentes y nuestros corazones.

Entretanto, los ataques neoimperialistas contra Irak y Afganistán habían servido para poner de relieve el verdadero legado del imperialismo británico: conflictos tribales, étnicos y religiosos que asfixiaban al nacer a los nuevos Estados nación o los condenaban a una interminable guerra civil jalonada por despotismos sin escrúpulos. A la derrota y la humillación se sumaba la revela-

ción de que quienes estaban encargados de llevar la civilización de Occidente al resto del mundo se lanzaban –una vez más– a asesinar y torturar.

Jóvenes y entusiastas ingenieros socioeconómicos importados de Estados Unidos a la Zona Verde de Bagdad intentaron conseguir en Irak todo lo que los defensores del libre mercado deseaban para su propio país: abolición del Estado del bienestar, privatización del ejército y de las prisiones y una desregulación generalizada. Fue el experimento de americanización más atrevido de todos y no sólo provocó una insurgencia feroz; también desencadenó la división del país, el auge del Estado Islámico y el desguace de Oriente Medio. El caos y los padecimientos generalizados en Rusia ya habían convertido a un adusto ex operativo de la KGB, Vladimir Putin, en el insólito salvador del país (y en cínico intrigante durante las elecciones estadounidenses).

Al final, los desengaños y desencantados en el corazón de la modernidad liberal convirtieron en su salvador a un acosador en serie. Como reveló la victoria de Donald Trump en noviembre de 2016, el consenso de Washington había producido demasiadas víctimas en el mismo Washington, el área metropolitana del DC. Mientras en el Mediterráneo oriental la batalla por la democracia y el capitalismo hacía estragos, ambos eran constantemente socavados al oeste del Potomac por la concentración extraordinaria de riqueza, la criminalización incansable de los pobres, políticas disfuncionales, unos medios de comunicación negligentes y un *establishment* que se inventaba amenazas externas para sus propios fines.

Más de una década después del 11 de septiembre, la retórica del liberalismo occidental que había servido para ocultar la realidad, continuaba inmersa en una carrera hacia el extremismo con su gemelo ideológico, con una escalada dialéctica de bombardeos aéreos y masacres en tierra. Y se fue volviendo más agresiva de forma proporcional a la expansión del caos no occidental hacia Occidente, y también se fue fundiendo con creciente rapidez con el odio supremacista hacia los inmigrantes, refugiados y musulmanes (a menudo también hacia quienes «parecían» musulmanes). Y, lo que resultaba aún más peligroso, pospuso el momento

de hacer examen de conciencia y corregir el rumbo entre las élites angloamericanas.

Tony Judt, en una de sus últimas entrevistas, se lamentó de su «catastrófica generación angloamericana entre cuyos miembros mimados se contaban George W. Bush y Tony Blair». Habiendo crecido tras las guerras y los odios que marcaron el siglo xx occidental, «en un mundo en el que no había disyuntivas complicadas, ni económicas ni políticas», estas élites, livianas desde un punto de vista histórico, estaban convencidas de que «tomasen la decisión que tomasen no tendría consecuencias catastróficas». Un miembro de la administración Bush hizo gala de la arrogancia de su poder¹ en 2004 después de lo que parecía una exitosa invasión de Irak: «Cuando actuamos», fanfarroneó, «creamos nuestra propia realidad».

«Si lo piensas», concluyó Judt, «es una generación de mierda.» Al final, su megalomanía nostálgica no podía sostenerse en un mundo en el que, para bien o para mal, el poder, tanto el cultural como el económico, había ido abandonando al *establishment* angloamericano. Durante la última década ha surgido una sociedad pública mundial más amplia, con sus voces disidentes y correctoras, que hoy desvela enseguida las imposturas de unas élites intelectuales demasiado alabadas.

En la actualidad asistimos a una corrección drástica en la que se cuestiona el relato de la excepcionalidad británica y estadounidense con tanto rigor como se hizo en el pasado con las protestas de virtud en la época poscolonial.

Se está desmoronando ese mundo anterior que había sido moldeado tanto por los beneficiarios del imperialismo occidental como por el nacionalismo antiimperialista. Muchas de las ideas más halagadoras que teníamos de nosotros mismos se han venido abajo. Las reivindicaciones de excepcionalidad que hacía India para sí han resultado tan poco fundadas como las de Estados Unidos. Y ya se adivinan nuevas y más amplias contiendas por la libertad, la igualdad y la dignidad. Pero, como se indica en los últi-

1. Referencia al ensayo político *The Arrogance of Power*, de J. William Fullbright (1967).

mos artículos de este libro, las voces surgidas recientemente en la esfera pública se ven aún ahogadas por los lamentos ruidosos y repetitivos que profieren los angloamericanos por el estado del mundo.

Y se volvieron más audibles aún cuando Boris Johnson se sumó a Donald Trump en el liderazgo del mundo libre. Durante todo el periodo que va de la Guerra Fría hasta la «guerra contra el terrorismo», el cesarismo que aquejaba a otros países se veía como algo propio de los pueblos asiáticos y africanos, o se echaba la culpa de él a las tradiciones despóticas de Rusia y China, o al tribalismo africano, o al islam o «a la mentalidad árabe». Pero tal análisis –amplificado en millares de libros y columnas de opinión que situaban a los enemigos de la democracia en amenazantes pueblos extranjeros y en sus culturas inferiores– no había preparado a sus audiencias para ver a unos matones rubios encaramados en lo más alto de las más grandes democracias mundiales. Resultó que los bárbaros nunca estuvieron a las puertas; llevaban bastante tiempo gobernándonos.

El *shock* tardío que supuso ese descubrimiento ha hecho que durante los últimos años el tono dominante de los comentarios provenientes del *establishment* sea de desesperación impotente. Pero esta impotencia aguda revela algo aún más significativo: mientras en Occidente se iba socavando la democracia, los políticos tradicionales y los columnistas habían ocultado ese vacío creciente bravuconeando contra sus supuestos enemigos extranjeros, o jaleando a sus supuestos amigos extranjeros. Décadas de este engañoso discurso, profundamente ideológico, habían dejado a muchas de nuestras mentes más brillantes paralizadas ante las bufonadas de Trump y Johnson, a un tiempo consternadas por la virulencia de las críticas de una izquierda renacida e incapaces por completo de entender que sus supuestos amigos del extranjero fuesen quienes estaban destruyendo la democracia.

La vulnerabilidad de la democracia occidental había resultado evidente mucho tiempo atrás a los ciudadanos asiáticos y africanos del Imperio británico. Gandhi, que veía la democracia literalmente como el gobierno del pueblo, el *demos*, afirmaba que en Occidente era puramente «nominal». No podía ser algo real

mientras «persistiese la profunda brecha entre los ricos y los millones de hambrientos» y los votantes «recibiesen la información de una prensa a menudo deshonestas». Inaugurando el experimento indio con un Parlamento y un sistema electoral similar al británico, R. R. Ambedkar, uno de los muchos autores de la constitución india, advirtió de que el principio de una persona un voto concedía la igualdad política, pero dejaba intactas unas desigualdades sociales y económicas grotescas. «Tenemos que eliminar esta contradicción cuanto antes», apremió, «so pena de que quienes sufren la desigualdad revienten la estructura de la democracia política.» Los demagogos electos de la actualidad, elegidos por votantes enfadados precisamente por su capacidad para reventar la democracia política, han hecho que mucha más gente se dé cuenta de esa contradicción. Pero la tardanza en hacer caso a las advertencias de Ambedkar ha sido letal.

Lo que ha quedado claro es que las democracias occidentales han dado tumbos durante décadas hacia la bancarrota moral e ideológica, sin que sus propios propagandistas las prepararan para afrontar los desastres políticos y medioambientales que provoca sin cesar el capitalismo no regulado, también a los vencedores de la historia, como el Reino Unido y Estados Unidos. Tras esforzarse por sofocar el tufo a etnocidio, esclavismo y racismo del pasado –y el hedor actual de la corrupción empresarial– imponiendo una noción perfumada de la superioridad angloamericana, los fanáticos insulsos no han sabido ventear a los enemigos verdaderos de la democracia.

Acosados tanto en casa como en el extranjero, cada vez es más disputada su autoridad como señores, policías e intérpretes del mundo. Si dan rienda suelta constantemente a su rabia y frustración, si lloriquean sin parar por la «cultura de la cancelación» y la «izquierda radical» es porque, atrincherados en las altas esferas de la política y el periodismo pero ya listos para la jubilación, realmente no saben hacer otra cosa. Sus soporíferas simplezas sobre la democracia, sus enemigos, sus amigos, el mundo libre y todas esas cosas, los han condenado a experimentar el mundo contemporáneo como una serie inacabable de *shocks* y catástrofes. Si sus rostros están marcados por la rabia, la confusión y la perpleji-

dad es porque su narcisismo se ha roto en pedazos, las autoalabanzas ya no pueden pasar por un marco analítico, y el etnonacionalismo en India y el populismo autoritario en el Reino Unido y Estados Unidos han dejado brutalmente claro que lo que tenemos no es una democracia liberal. Al menos por ahora.